

dad para esto de levantar guillotinas. Tenemos otros medios más expeditos y más seguros. (*Voces: ¿cuáles? ¿cuáles?*) Me los reservo para mejor ocasión.

*El Presidente:* Voy á comunicar á la Asamblea varios hechos importantes. El ciudadano Jaclard acaba de ser puesto en libertad; pero en cambio otros ciudadanos han sido aprisionados, y especialmente Dupont, á quien tanto conoce el auditorio. (*Murmillos de indignación.*) El general Prim acaba de ser inmolado por una bala vengativa. (*Voces: Es un buen ejemplo.*) Un consejo de guerra ha sido celebrado en el Louvre por varios generales, y entre ellos se ha deslizado un cura disfrazado de general. (*Risas.*) A la mañana siguiente los prusianos estaban, como de costumbre, exactamente informados del resultado de las deliberaciones. (*Nuevos murmullos.*)

*Otro orador:* Ya lo habeis visto. Las torpezas de los hombres de la Casa de la Ciudad no tienen número. Su impotencia es incurable. Sólo es peor que ellos, por incapaz y por inerte, la direccion militar de la guerra. Puesto que dejan que los prusianos bombardeen nuestra ciudad, vamos nosotros á bombardearles su vivienda. (*Muchos aplausos. La sesion se levanta entre vivas á la Comunidad revolucionaria.*)

El club de la Marsellesa se reunia en la Vilette el día once de Enero.

*Un ciudadano:* Sólo hay una palabra que contenga y explique todos los fenómenos: la palabra *traicion*. Nos rodea como una red, y sólo hay un medio de romper sus mallas, que es proclamar la Comunidad revolucionaria. La conspiracion contra la República ha sido de larga fecha urdida por los reyes, los césares, los acaparadores y otros explotadores del pueblo. La guerra de Prusia estaba premeditada entre ellos y es un grave error el creer que fuimos vencidos en Sedan. No, nosotros no hemos sido vencidos, hemos sido entregados. (*Muchas voces: Sí, sí. Aplausos enérgicos.*) Hemos sido vendidos y lo estamos

hoy tambien. Los hombres de la Casa de la Ciudad continúan hablando á Bonaparte y se entienden con él y con los prusianos para poner al pueblo en servidumbre despues de haber entregado la patria. ¿A quién debemos dirigirnos para salvarnos en este supremo peligro? ¿Por ventura á los legitimistas y á los orleanistas? (*Gritos: No, no.*) Yo no dudaria, no obstante mis convicciones republicanas, acudir á los legitimistas y á los orleanistas si pudieran libertarme de los prusianos. (*Muchas voces: Es imposible, completamente imposible.*) Ya lo sé, tanto más cuanto que forman parte de la conspiracion contra la República. Sólo el pueblo puede salvarse y salvarnos proclamando el gobierno de los comuneros. Solamente la Comunidad es el remedio y la salvacion.

*Otro orador:* Hablemos de la dimision del ciudadano Delescluze, alcalde del décimono distrito. No se le puede acusar de traicion, pero se le debe acusar de abandono. Ha desertado de un puesto que le confiara el pueblo. ¿Tenia derecho á renunciar este mando en las circunstancias críticas en que estamos, en un momento en que la ola de la miseria sube y los alcaldes tienen que tomar salvadoras medidas? ¿Cuál ha sido el resultado de este desfallecimiento? Que los hombres de la Casa de la Ciudad hayan nombrado una junta provisional para administrar el distrito vacante. Ni más ni ménos que lo que sucedia en los tiempos de Bonaparte.

*Un ciudadano:* Voy á defender á Delescluze. A primera vista la opinion comprende difícilmente que un magistrado nombrado por el pueblo, resigne su mandato en el momento mismo en que el pueblo tiene más necesidad de sus servicios. Pero si ha dado su dimision, ha sido por no hacerse cómplice de las traiciones, y porque en una reunion presidida por Julio Favre se ha pedido á los alcaldes, ¿sabeis qué? (*el orador se recoge con profundo recogimiento; el auditorio escucha con grande intensidad*), se les ha pedido que

se asocien á la capitulacion. (*Violentos murmullos, eso es infame.*) Delescluze no ha querido participar de esta infamia, y se ha retirado. Pero hay más. En la reparticion de socorros se ha querido asignar cuatro mil indigentes al distrito décimo-nono, cuando tiene cincuenta mil, con ánimo de desacreditar á su alcalde y suscitar motines por el placer de aplastarlos.

*Otro ciudadano:* Se resuelve una salida entre cuatro generales presididos por Trochu. A las pocas horas lo saben los prusianos. ¿Quién se lo habia anunciado? ¿Era Trochu? ¿Era Schmil? (*Una voz: Era el hombre que se come los faisanes.*) (*Movimiento de indignación.*) En todo caso Trochu es el responsable de la traicion, si él mismo no es el traidor. (*Sí, sí, Trochu es el traidor.*)

*Otro orador:* Tengo amigos, cuyos amigos son amigos de los amigos de Duc-Rollin, llamado por otro nombre Duque Rollin. Un amigo del ciudadano Duc-Rollin le ha oido decir que Trochu ha dicho que no creia en la posibilidad de defender á París; que haria matar á treinta mil hombres para la tranquilidad de su conciencia y despues capitularia. Luego sé por un vecino de Trochu que todo está preparado para la capitulacion, y creo que aun podré dar noticias más decisivas. Mientras tanto suplico á los ciudadanos de Belleville (*voces, no estais en Belleville*). Perdon, á los ciudadanos de La Vilette y demás barrios republicanos que celen las medidas del gobierno, porque es necesario no contar para nada con los barrios del centro, y especialmente con la calle de Chapon donde yo habito, calle que está completamente enervada. Sólo Belleville (*pero si no estais en Belleville*), sólo en La Vilette se puede salvar á París. (*Aplausos.*)

*Otro ciudadano:* He oido pronunciar el odioso nombre de capitulacion. Y ¿cómo podia suceder otra cosa? Se hace todo lo posible por conducirnos á este fatal resultado. Á nosotros los guardias nacionales que recibimos

un franco cincuenta se nos tacha de necesitados. Y mientras tanto ¿qué hacen los ladrones que nos escupen esta injuria al rostro? Orgías en las fondas de moda, ¿Sabeis por qué han cerrado el Jardin de plantas? Porque han vendido á precio de oro á los fondistas del Palais Royal los elefantes, los osos y otros animales raros para alimentar los agiotistas y los acaparadores que explotan la miseria del pueblo.

¿Qué podemos nosotros hacer con nuestros treinta céntimos cuando las patatas cuestan á treinta francos! Ahora ya han de capitular porque han hecho su fortuna. Todo el mundo sabe que la guerra ha sido declarada en interés de los agiotistas que han ganado sumas inmensas en las provisiones y que se han enriquecido con nuestra hambre. Mientras tenían artículos que vender, diez veces más caro de lo que les habian costado, predicaban la resistencia á todo trance. Ahora que ya se han enriquecido hablan de capitulacion. Cuando se piensa en estas infamias le dan á uno tentaciones de saltarse la tapa de los sesos.

*Otro ciudadano:* Conozco una fonda donde se reunen los empleados del Banco y donde en la semana última se han comido dos vacas con un ternero, mientras que en el hospital de enfrente faltaba carne fresca. (*Violentos murmullos.*) He ahí el sistema de los hombres de la Casa de la Ciudad. Nos venden. Trochu ha declarado que no capitularia. Pero ya sabemos lo que eso quiere decir. Cuando nos haya enervado hasta el último extremo convocará un nuevo plebiscito y dirá que él no ha capitulado. (*Es verdad, es un jesuita.*) Necesitamos los comuneros. No tenemos más que viveres para diez y ocho días. Si no volvemos á la Comunidad Revolucionaria antes de tres días, estamos perdidos. Yo os diré cómo los comuneros salvarán á París. Ordenarán visitas domiciliarias no sólo en casa de los mercaderes sino en casa de los particulares que tienen tantas subsistencias, y cuando no tengamos otros perros que comer, nos comeremos esos



perros. (*Risas y aplausos.*) La Comunidad revolucionaria decretará al mismo tiempo la salida en masa. Sólo hay setenta y cinco mil prusianos delante de París, y ¿quinientos mil soldados que tenemos nosotros quedarán inmóviles delante de setenta y cinco mil prusianos? La Comunidad revolucionaria romperá este pretendido círculo de hierro y sabrá impedir la traición porque pondrá dos comisarios al lado de cada general. Los comisarios señalarán todos los movimientos del general, y a la primera señal de desfallecimiento, le levantarán la tapa de los sesos. Inexorablemente colocado entre la victoria ó la muerte; escogerá la victoria.

La reunion se disuelve al grito de viva la Comunidad revolucionaria.

El doce de Enero reunió el Club de la reivindicación en ahumada sala de sombrío café-teatro. Las pobres mujeres que carecen de lumbre, los niños que en el frío hogar tiritan víctimas principales del sitio, se reúnen allí buscando en el mútuo calor de los desmayados y enflaquecidos cuerpos algun alivio á los rigores de aquel despiadadísimo invierno. Sus trajes mugrientos, rasgados, verdaderos harapos casi confundidos con la piel, contrastan tristemente con los relucientes uniformes de los guardiasnacionales más propios de vistosísima parada que de riguroso y cruento asedio. El club se celebra en el barrio de San Antonio, en aquel terrible barrio, tan avanzado y tan poderoso durante las anteriores revoluciones, y que se ha convertido en conservador relativo, dejando la palma de la demagogia y el espejismo de la utopia á los nuevos barrios de la Villette, y de Belleville. El tema sin embargo es el tema universal, único; la tristeza de la situación presente y el remedio de la Comunidad revolucionaria. El pueblo de París era como esos enfermos de la fiebre, que da aguda pulmonía, muy creídos de que el agua fría los sana en el delirio de su sed, cuando el agua fría los mata.

*Un orador:* Voy á hablar de nuestras ideas

y no de nuestros sufrimientos. Yo desprecio soberanamente el jamon y las salchichas: prefiero alimentarme del aire purísimo de la libertad. (*Muchos suspiros de dolor, muchas sonrisas de duda en el auditorio, y sobre todo en el auditorio femenino.*)

*Otro orador:* Ciudadanos y ciudadanas: ¿Quereis comer rico jamon, sabrosos salchichones?—(*Grandes voces: Sí, sí, sí.*) Pues deponed el gobierno de la Casa de la Ciudad y sustituidlo con las Comunidades permanentes de la revolucion política y social. Pagamos como siempre el presupuesto de culto y los crecidos sueldos; en vez de haber reducido todos los glotones á franco y medio de salario. ¿Como quereis que así nos sobremos jamás? ¿Supongamos que yo soy un pavero, y que entre todos, engordo un rico y mantecoso pavo. (*Los hambrientos sitiados se relamen de gusto y suspiran al ver cuan lejana está la triste realidad de la seductora pintura.*) Si me obligan á dar las alas al clero, las piernas al empleado, y el cuerpo al ejército ¿qué restará para mí? Mirad, pues, como estamos. Nosotros hemos engordado el pavo, y otros se lo comen. ¿No seria mejor el reservárnoslo todo entero? (*Sí, sí. Tiene razon, completa razon.*)

*El ciudadano Strassnowski:* Aquí siempre se acusa al gobierno aunque no haya para ello ni sombra de motivo. Se cree que al instalarse un hombre en el ministerio, ya adquiere la divina omnipotencia. Os quejais de que no haya el gobierno fundido cañones. ¿Mas tiene artilleros para servirlos? (*Muchos gritos, algunos de niños, y aun de mujeres: ¿Y nosotros?*) ¿Vosotros! los más fuertes érais hace dos meses trabajadores y no soldados. Haciéndoos dar vueltas por las plazas y por las fortalezas es como ha podido el gobierno aguerrirlos. Luego ha hecho bien esperando á su sazón para lanzaros sobre los prusianos. Y cuenta que yo no detesto á los alemanes. (*Rumores.*) Detesto, y mucho á los potentados de Alemania que impelen los pue-

blos á la guerra y á la matanza. Ya llegará un día en que, desembarazados de nuestros déspotas, nos demos las manos sobre los Pirineos, los Alpes, los Carpathos, y los Balkanes. (*Raros aplausos; fuertes murmullos.*)

*Un vecino del barrio:* He visto que no os ha gustado, ciudadanos, el anterior discurso. (*No, no.*) Excusadlo. Se trata de un valiente, que teniendo seis hijos, se ha inscrito para defendernos, para defender á Francia en los batallones de vanguardia. Pero venid acá, ciudadano Strassnowski; ¿qué demonio os ha tentado para defender así y así elogiar á ese maldito gobierno de la defensa nacional? Verdad que nos ha ejercitado y aguerrido. Mas ¿para qué? Para que entreguemos cañones y fusiles á los alemanes despues de habernos constipado tantas veces en los fuertes. ¿Ha intentado siquiera aprovecharse de nuestra instruccion militar? Ha permanecido inerte mientras nos rodeaban los prusianos de un triple muro de fuertes ciudadelas. Todos los dias nos dice que vamos á ser redimidos por los ejércitos de provincias. Miramos á los cuatro puntos del horizonte y no vemos venir ni siquiera un mal soldado. Nos ha mecido en cuentos de vieja. Ni siquiera procura seguridad dentro de París. Ayer hubo un motin á causa de rumores ridículos. Decíase que una actriz, por cierto muy gorda, habia visto á un espía cuya cocinera conoce á la cocinera de un ministro. ¿De qué proviene todo esto, ciudadano de la infeliz Polonia, ciudadano Strassnowski? Proviene de que el gobierno carece por completo de fuerza moral. Y toda esperanza disminuye como todo alimento. Esta mañana ni por un ojo de la cara se encontraba media onza de pan negro en el duodécimo distrito. (*Voces femeninas: Verdad, verdad.*) Y si algo se encuentra, se parece al yeso más que á la harina. En el tercer distrito rebosa la alegría y la abundancia. Hé ahí cómo están organizados los servicios. Ciudadano de Polonia, ¿Creeis buenamente que esto puede durar mucho tiempo? Tome el

B.

pueblo en sus manos la dirección de sus asuntos y derribe á ese estúpido gobierno. (*Ruidosos aplausos. Gritos de: ¡Viva la Comunidad revolucionaria de París!*)

El 13 de Enero otra reunion pública en la calle de Arrás. El cañon suena á lo lejos. De vez en cuando estallan las bombas en los aires. Ningun Presidente, ningun secretario. Una turba de chiquillos se apodera de la mesa y de la tribuna.

*Un chiquillo:* Juremos, ciudadanos, el más profundo desprecio al gobierno de la defensa nacional, á esa turba de abogados-generales, y de generales-abogados. Condenemos al ridículo eterno á todos los viejos republicanos que para nada sirven sino para estorbar. Paso á la juventud. Nos detestan. No habiéndome llegado á la edad de las quintas, me inscribí en el batallon de pupilos de la República. ¿Y sabeis qué hicieron con nosotros? Nos negaron armas á causa de nuestras ideas avanzadas. Nos redujeron á recoger patatas en los bancos cercanos á los fuertes. Y despues, no obstante haber desafiado mil veces al fuego en esta ingratisima tarea, indigna de nuestra grandeza, nos disolvieron traídoramente. Acuso ante Dios y los hombres al Gobierno del cuatro de Setiembre; lo denuncié de imperito y de cobarde. Le arrojé al rostro sus vacilaciones y sus desfallecimientos. Si algo hace no debemos agradecersele á él, sino á los clubs que lo empujan. A los clubs calumniados todos los dias por los escritores militares asalariados, debemos el armamento universal, la provision de los fuertes, la fundicion de los cañones. Acúsanos el Gobierno de ser un partido de charlatanes y él ¿qué es sino un gobierno charlatan? Charla en la *Gaceta*, charla en las proclamas, charla en los decretos, charla á todas horas y en todas partes. Mr. Julio Favre debia ir á charlar á las conferencias de Lóndres, pero ha renunciado por no privar á la defensa de París, ciudadanos, de su formidable concurso. (*Risas.*) Verdad que la separacion de este abogado



hubiera disminuido sensiblemente la defensa. (*Risas irónicas.*) Y que le debemos gracias por las medidas enérgicas y previsoras que tanto sus colegas como él han tomado para preservarnos del bombardeo. (*Nuevas risas.*) Acúsannos de ser alarmistas, pero los verdaderos alarmistas son aquellos que esparcen falsas noticias riéndose de nuestra credulidad y enervándonos con sus mentiras. También yo tuve un día confianza en el Gobierno; pero las perdí en cuanto noté su repugnancia á los auxilios de la ciencia para la defensa de París. Más de veinte mil máquinas destructoras le han presentado, ¿cuántas ha ensayado? A lo sumo doscientas. Mis ilusiones cayeron todavía más cuando ví á Trochu sacrificar vilmente millares de vidas en el Bourget y en Champigny. ¡Ah! Trochu tendrá que dar terribles cuentas. Ahorcaron á Dumollard, el asesino de las criadas, que podía escusarse con su ignorancia y su miseria, pero no tiene excusa el asesino de los soldados. Estamos muy cerca de la desesperación y solamente la Comunidad revolucionaria de París puede ya salvarnos. La Comunidad apelará á la ciencia y á la juventud y rechazará á los prusianos. Y sin cesar un punto en su indomable energía dirá á nuestros enemigos despues de haberlos rendido á discrecion: Os doy á elegir entre la República y la muerte. Y los prusianos no dudarán y les tenderemos la mano fraternal y comenzaremos la era de la ventura de los pueblos. La Comunidad revolucionaria, pues. (*Aplausos redoblados.*) Aunque el tiempo apremia, no vayamos al motin. Podíamos emplear la fuerza si quisiéramos porque somos en París treinta mil hombres prontos á marchar á la primera señal; pero no queremos guerra civil, no queremos verter sangre francesa. Queremos una revolucion pacífica como la del cuatro de Setiembre y triunfaremos no obstante Favre y Trochu. (*Triple salva de aplausos.*)

*Un viejo:* Salud á la jóven generacion. Con

tales oradores no se pierde nunca la esperanza. Voy á confesarme completamente. Yo era partidario del gobierno de la defensa nacional y enemigo de la Comunidad revolucionaria. (*Murmillos.*) Mas ahora todo ha terminado. La venda se ha caido de mis ojos y he visto que la reaccion nos envuelve en sus redes. ¿Quién nos ha vendido? ¿Trochu, Vinoy, Ducrot, Schmitz? Este último es el traidor; este último es favorito del Imperio; este último tiene un hijo apadrinado por el canalla de Sedan. (*Profunda sensacion.*) ¿Necesitais más pruebas para tenerle por un traidor?

*Otro ciudadano:* Desconfiad de los convertidos de la última hora. Ese viejo era partidario del gobierno de la defensa nacional; y ahora que le ve caido, le vuelve las espaldas y cambia la casaca. Pero ¿quién nos asegura que no hará mañana traicion á la Comunidad revolucionaria como la hace hoy á la defensa nacional? Ducrot tiene su amistad, Ducrot es un hombre bueno. Yo desconfio de los que tienen siempre un hombre bueno en su saco, ya Trochu, ya Ducrot. Para nada nos sirven esos hombres buenos. Lo que necesitamos es la anarquía. Los jefes nos han perdido. Solamente la anarquía puede salvarnos. (*Aplausos prolongados.*)

*El viejo:* El orador que acaba de hablar me ha insultado horriblemente. Ya que duda de mi sinceridad, consentirá que yo examine su conducta política. Individuo de la comision de vigilancia de este barrio, ha sido expulsado á causa de sus calumnias. Se ha hecho rico con la provision de calzado á la alcaldía, en lo que ha obtenido beneficios escandalosos. (*Interruptiones violentas.*)

*El ciudadano acusado:* Mentís, mentís.

*El viejo:* Ya lo veremos. A mi vez os declaro, ciudadano zapatero... (*Exclamaciones en el auditorio.*)

*Una voz:* El ser zapatero no es un crimen.

*Otra voz:* Hace bien en ganarse la vida como pueda.

*El zapatero:* Os declaro que no soy seide

de Ducrot y que habeis infamemente mentido. (*Mútuas recriminaciones y mútuos insultos. Lánzanse furiosas miradas y crisan los puños los contendientes. Un chiquillo que preside, toca la campanilla con las dos manos. Muchos silbidos. Despues de un cuarto de hora se restablece la calma.*)

*El zapatero, muy ronco:* Afirмо que no me ha excluido el comité de vigilancia y que no me ha encargado jamás la alcaldía zapatos. Ese viejo calumniador no es más que un propietario.

*El viejo:* ¡Llamarme propietario! ¡A mí esta injuria! (*Lánzase con las manos levantadas sobre el zapatero. Los circunstantes se interponen. Gritos, confusion. El chiquillo presidente levanta la sesion.*)

El 16 de Enero grande reunion allá en Belleville.

*Un orador:* Los guardias cívicos encargados de mantener el orden allá en los grandes grupos que se reúnen á las puertas de las panaderías y de las carnicerías son más grosetros y más brutales que los agentes de Pietri. No tienen ni el corazon ni la sensibilidad de los verdaderos milicianos nacionales.

*Otro orador:* Las cosas se encuentran hoy en el mismo estado que hace diez días. Nuestros mejores correligionarios se hallan cautivos de ese infame gobierno. Y no tengo noticia de que haya ido persona alguna á llevarles consuelos y esperanzas. Hasta parece que habeis renunciado á la idea de libertarlos. Y es necesario apresurarse, porque suceden cosas inenarrables. Marchemos. Si no marchamos pronto á redimirnos, esta gente nos perderá sin remision alguna. Un artillero me ha dicho que se entierran cañones durante la noche en las bodegas de Nuestra Señora. (*Gritos. ¡Qué infamia!*) Tomemos, pues, resoluciones enérgicas. (*Aplausos.*)

*Otro orador:* No hemos ya decidido la victoria de la Comunidad revolucionaria; no hemos ya libertado á los cautivos; porque el pueblo es cobarde; porque el pueblo es cor-

rompido; porque le ha echado á perder el contacto con la viciada clase media, como se pudren las frutas sanas al mezclarse con las frutas podridas. (*Violentas reclamaciones.*) Trafica; vende sus bonos de pan y de leña. No vale cosa el pueblo de hoy, salvo una pequeña honradísima parte, que prefiere robar á traficar, cuando el hambre le apremia. Así para calentarnos, los valientes, los honrados derribamos los últimos árboles de los paseos. Yo llevo en el bolsillo un revolver y estoy resuelto á levantarle materialmente la tapa de los sesos á todo aquel que me impida ó impida á los demás lo necesario para no morirnos de hambre en este trance supremo. ¿Sabeis quién arrancó los carteles donde anunciábamos el advenimiento de la Comunidad revolucionaria? Pues no fueron ni los guardias cívicos ni los agentes del gobierno. Fueron los niños, las mujeres, los ciudadanos de Belleville. (*Es verdad, es verdad.*) No es una deshonor. Rabelais llamaba á la gente del pueblo los borregos de Panurgo.

No han cambiado, no, son siempre la misma raza. Aliméntanse de tonterías que cualquier advenedizo inventa y que se repiten unos á otros como cándidos. Hoy mismo dicen que Bourbaky y Garibaldi han invadido Baden y que se envia al Báltico nuestra armada con 50.000 hombres para sublevar nuestros prisioneros de Alemania. ¿De dónde vienen estas noticias sospechosas? Las leen en los periódicos, les basta para creerlas. Mañana se inventará cualquier otra mentira. Hoy se tiene confianza en Gambetta y se dice: ¡Ah si Gambetta estuviera en París! Ha estado ¿y qué ha hecho? Gambetta vale tanto como Trochu, y Trochu tanto como Gambetta. (*Risas.*) El pueblo no ha querido gobernarse á sí mismo, ha sido cobarde hasta el punto de no querer establecer la Comunidad revolucionaria, única cosa que podía salvarnos; ha preferido creer en redentores como Gambetta ó como Trochu, y ahora el pan se acaba, el bombardeo comienza. Se ha bombardeado